

“La luz que falta”

Por Luis Enrique Délano.
Editorial Galinost-Andante.
Santiago, 1987. 224 páginas.

Los lectores debemos a Luis Enrique Délano algunas de las alegrías mayores que procuran los libros. Al reunirse sus relatos denominados “imaginistas” en un volumen injustamente olvidado, *Viejos relatos*, apareció todo un orden minucioso de piratas y contrabandistas; de hermosas mujeres que tenían el aire y el tono de las historias de Mac Orlan y Farré, de Loti y de Paul Morand; de barcos perdidos en la noche; y de la esencia de la muerte en los puertos que iluminara la fantasía desbordante, llenando páginas que permitían dar una conmovedora imagen “peligrosa” de la vida. El salto de Salgari a Luis Enrique Délano y a Salvador Reyes era parte de la formación de todo joven que se estimase como tal en los días de la segunda guerra mundial.

Délano fue hombre con un rumbo: quiso no sólo cambiar la línea de la literatura, sino, además, cambiar al hombre. Por ello eligió enrolarse siguiendo una causa y le fue fiel sin tacha ni mengua. Antes de volver a morir en Chile, pasó largos años en la ausencia obligada, y fue ordenando, en ese tiempo en que veía lejanas las raíces, novelas, cuentos, libros de memorias (hace unos años publicó una excepcional y breve obra de ese corte: *Sobre todo Madrid*, y dejó una bella historia novelada que permitía reconstruir el mundo de la Federación de Estudiantes de 1920, con el título de *El año veinte*).

De toda su producción inédita, que deberá ir apareciendo año a año, surge ahora *La luz que falta*, en donde se recupera en el exilio un mundo que le era tan propio a Délano, el del mar de Chile y de los chilenos, el de cada roca y cada olor y sabor, el de Cartagena y su doble paisaje: el de afuera, con gente y peces, y barcas y sol, y viejas casas que se fueron atomizando con los años, y el otro, interior y eterno, que sirve de espejo a la memoria fiel, dispuesta a no perder un detalle que dignifique un modo de contar, sin desapego por la anécdota, atento a la precisión de los hechos, a la configuración de los personajes, al paso del tiempo, a los

rigores de un ir y venir cuando el retrato exige un gran sorbo de vida.

CONTAR SIN ALARDES

No hay un momento de distracción. El escritor sabía pulsar cada asunto, modelar cada figura. Al tema del amor, de la seducción, del abandono, de los desencuentros y de la grisura de los mundos contrapuestos se agrega el de la intriga, la presencia de la muerte, y el poder de una naturaleza que imagina u oscurece la vida, según sea útil para la construcción de la historia, que va saltando de tiempo en tiempo, mediante el hilo de la memoria del narrador. No hay un momento en que pueda abandonarse la lectura: todo es regocijo de contar sin alardes. No se trata de jugar con la ficción, sino de dejarse llevar por ella.

En los momentos en que asoma la naturaleza, Délano combina la sabiduría con el estremecimiento que procede de la nostalgia de un mundo que, en el exilio, no se olvidó: “Amelia piensa en ese mundo animal que la rodea, entre el cual ha vivido todos esos años de Cartagena: pájaros marinos, peces, las golondrinas que anidan bajo el alero de la casa y que, cuando hay sol, se instalan en el alambre que le lleva la electricidad. Se diferencian de las golondrinas que se suelen ver en Santiago, grises, desteñidas; las de acá, de blanco y negro, colores absolutos, negras las alas y la cabeza, blanco el tierno pecho. Piensa en los caballos como sombras nocturnas, en los perros, cuyos ladridos son a veces la única comunicación con el mundo. En el lobo, el famoso lobo que ella encontró cuando todavía tenía sus piernas en buen estado y, de tiempo en tiempo, bajaba lentamente el camino en zig-zag del varadero para comprar un pescado o iba hasta el peñón de los lobos”.

El paso del tiempo es uno de los elementos que Délano deja ver por medio de las historias que el narrador va uniendo, a través del tiempo. En un pasado, las muchachas admiten ya la destrucción, las mudanzas y dilaciones, pero dejan atrás el lamento para vivir, en el otro tiempo, siguiendo las peripecias, de manera proporcionada, justa, sin perder pie en otra cosa que no sea la naturalidad. Délano no elude los riesgos de una historia lineal, pero se las arregla con su probado vigor y sabiduría de narrador para rechazar las tentaciones de explorar el mundo más allá o más acá de la historia. El drama, entonces, se apura, y lo que ocurre termina por hacer del lector un fisgón que no quiere otra cosa que seguir leyendo, aunque la palabra fin se aproxime. • A.C.